

Bolivia

En la hora de la transición

Carlos Mesa Gisbert

El artículo analiza el momento crucial en el que se ha producido la renuncia del presidente boliviano Hugo Banzer. A un año de concluir su mandato y coronando una gestión desafortunada y a punto de perder legitimidad, la enfermedad logró lo que las mayorías no conseguían. La asunción del vicepresidente Jorge Quiroga representa más que una formalidad hasta el final del actual mandato. El cambio generacional que anuncia y la urgente necesidad de encontrar nuevas recetas para viejos problemas, quizá abran un horizonte de novedades en el sistema político y en el interior de las organizaciones partidarias.

Banzer, el fin de la aventura

El hombre bajó del avión con la cabeza totalmente rasurada, sin su emblemático bigote y ayudado por un cayado de madera un tercio más grande que él. Las secuelas del cáncer podían verse claramente en su cuerpo escurrido y el rostro demacrado. Era el 4 de agosto de 2001. Hugo Banzer Suárez (75 años) volvía a Bolivia para renunciar a la presidencia el día 6, fecha nacional y jornada tradicional de transmisión del mando. Lo que no había podido lograr la grave crisis económica, los sangrientos hechos de abril de 2000 en Cochabamba, los mayores bloqueos de caminos de la historia reciente en septiembre y octubre de 2000, el pedido formal de renuncia hecho por el ex-presidente Gonzalo Sánchez de Lozada y su partido el MNR, refrendado por una demanda similar de la confederación de empresarios privados, lo consiguió un cáncer de pulmón que le cobraba al viejo militar décadas de haber sido un fumador empedernido.

Banzer tuvo que irse un año antes de cumplir su mandato constitucional. A pesar de los esfuerzos realizados por su partido de mostrar la imagen de una

CARLOS MESA GISBERT: periodista e historiador boliviano; director de Periodistas Asociados Televisión (PAT), La Paz.

Palabras clave: gestión de gobierno, situación política, Hugo Banzer, Jorge Quiroga, Bolivia.

nación acongojada por ello, la realidad fue muy distinta. Una sensación de alivio recorrió el país. Muchos se preguntaban antes de conocerse la enfermedad del mandatario si podría terminar su periodo. La implacable biología despejó las dudas.

Una encuesta de la empresa Apoyo en las cuatro principales ciudades bolivianas, registró en julio de 2001 un índice de desaprobación hacia la gestión presidencial de 79%, solo superado en América Latina por los presidentes de Argentina y Paraguay. Las razones que explican esta percepción son varias, pero quizás la principal tiene que ver con que Banzer defraudó tanto a sus votantes como a sus opositores, al demostrar que carecía del atributo que mejor lo definía desde que dejó su presidencia dictatorial en 1978, vocación de orden y ejercicio pleno de la autoridad. Su gobierno fue errático, no tuvo dirección y padeció precisamente por ausencia de mando. El síndrome de exdictador planeó como una sombra terrible sobre el Palacio Quemado, agravado por la detención de Pinochet. El general, que se había sentido muy cómodo en la lógica del autoritarismo y la economía estatista, no supo adecuarse al manejo de los mecanismos democráticos y a una realidad mundial y local de economía abierta y globalización. A diferencia de Víctor Paz Estenssoro, Banzer no estuvo a la altura del nuevo desafío histórico.

Crónica de un gobierno sin rumbo

Elegido con un magro 22% de los votos, Banzer formó una coalición de varios partidos que le permitió un control de más de dos tercios del Congreso. Hecho esto, pergeñó una agenda apresurada que presentó al país recién tres meses después de ceñirse la banda presidencial. Sus elementos más destacados fueron la erradicación total de la coca excedente, el impulso al crecimiento económico hasta lograr un índice de 7% del PIB en 2002, a la par que un ambicioso plan de lucha contra la pobreza a través de los llamados «diálogos nacionales» (una reunión de los más importantes sectores de la sociedad civil para hacer propuestas al Ejecutivo en torno de sus requerimientos específicos), e impulsar una reestructuración del sistema jurídico, lo que incluía una lucha frontal contra la corrupción además de la modernización del sistema político.

El centro del desastre del Gobierno fue la absoluta incapacidad para encarar con un mínimo de coherencia el tema económico. El crecimiento que había tenido en 1998 uno de sus picos más altos de la década (5,23%), cayó en 1999 a 0,44%, el más bajo desde 1986. En 2000 –a pesar de un ligero crecimiento– y 2001 la recesión adquirió características de drama. El Gobierno optó por esconder la cabeza mientras llegaba primero el vendaval de Asia y del Brasil, y de la Argentina después. Los intentos tardíos y tímidos no dieron resultados, la inversión pública fue insuficiente mientras el desempleo crecía como la espuma. Solo las inversiones de las empresas capitalizadas en el gobierno anterior y las que llegaron como consecuencia directa de ese proceso, evitaron la debacle total. La contracción económica se reflejó en un alto nivel de mora bancaria y una situación muy crítica de la industria.

A la par, los ejemplos de corrupción desde el Gobierno tocaron al propio entorno presidencial. El italiano Marino Diodato –casado con una sobrina de Banzer– manejó los casinos clandestinos, recibió el encargo presidencial de montar una central de control de comunicaciones para escuchas telefónicas a diversas personalidades del país y acabó preso cuando Estados Unidos lo acusó de narcotráfico. El presidente tuvo que destituir a dos ministros, ambos militantes del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), por actos irregulares. El Parlamento licenció, ya en la gestión subrogante del vicepresidente de Banzer, Jorge Quiroga, al diputado Luis Alberto Valle, yerno del presidente, y expulsó de la cámara baja al diputado Roberto Landívar, hermano del jefe departamental de la ADN (Alianza Democrática Nacionalista) en Santa Cruz. Landívar fue acusado de negocios irregulares y del mayor daño económico al Estado a través de un banco privado. El punto culminante fue la acusación que le hizo al ex-mandatario quien fuera su ministro de Defensa Fernando Kieffer, de haber pagado un sobreprecio de un millón de dólares en la compra de un avión presidencial.

Los esfuerzos –una de las tantas paradojas de Banzer– por institucionalizar la recaudación de aduanas y de impuestos y frenar la sangría de dineros públicos en la contratación de caminos, dieron frutos con una nueva estructura en estas entidades, que garantiza mayor transparencia y manejo más eficiente. Se avanzó también en la modernización del Código Penal a través de procesos orales, se nombró por primera vez a miembros del Tribunal Constitucional, Consejo de la Judicatura y Defensoría del Pueblo, y se logró recuperar credibilidad en el Poder Judicial con el nombramiento de los nuevos magistrados de la Corte Suprema de Justicia. El propio presidente Banzer propuso un proyecto de ley de reforma constitucional que está en pleno proceso para aprobarse antes del término del mandato de Quiroga.

La estrategia de la coca como política exterior

La estabilidad de un gobierno heterogéneo, sin sentido de autoridad y totalmente desbordado por dos crisis, la social y la económica, tuvo un eje fundamental, la erradicación de la coca excedente. En 1997 había 31.500 hectáreas de coca en el Chapare (donde se cultivaba 98% de la coca ilegal destinada a la fabricación de droga boliviana); en 2001 quedaban algo más de 6.000. Se erradicaron 25.500 ha, es decir 80% de la superficie de coca excedente. Ningún gobierno anterior logró estos resultados. Esa acción le otorgó a Banzer una relación privilegiada con EEUU, al punto que el embajador Manuel Rocha se convirtió en uno de los mayores sostenes del presidente en momentos de crisis.

Banzer había advertido que su alianza con el MIR liderado por el ex-presidente Paz Zamora, a quien EEUU le retirara su visa en 1996, le complicaba la vida y despertaba recelos en Washington. El costo para EEUU fue modesto, no representó un incremento de la ayuda ni de la inversión, demandó solo respaldo y elogios irrestrictos a Banzer (incluyendo una mirada condescendiente a los graves escándalos de corrupción de su gobierno y de su familia),

y la restitución de la visa a Paz Zamora, liberándolo de uno de sus mayores lastres de cara a las elecciones presidenciales de 2002.

Abril y septiembre, el país en cuestión

En el camino quedaron dos de los movimientos sociales más importantes de la historia reciente, desde la marcha por la vida protagonizada por miles de mineros despedidos en 1986. De pronto, una sociedad cansada de un modelo que no logró dar respuestas a sus demandas esenciales se vio sitiada. En los movimientos de abril y septiembre de 2000 confluyeron muchos elementos: una población asfixiada por la contracción económica, las tarifas de servicios como el agua que subían desmedidamente, la confluencia de dirigentes de la izquierda desplazada que encontraban nuevos escenarios para dinamitar el modelo, la presión sobre los productores de coca y, finalmente, la nueva ola de reivindicaciones étnicas en el debate sobre las naciones dentro de la nación, cuya estructura de estratos sociales y raciales compartimentados resulta una suerte de *apartheid* vigente, si bien nunca formalmente proclamado ni aceptado.

El resultado fueron los movimientos de convulsión social de mayor magnitud de las últimas décadas, sobre todo el estrangulamiento de las tres principales ciudades de Bolivia: La Paz-El Alto, Cochabamba y Santa Cruz. A dos puntas, Felipe Quispe (apodado «Mallku», que en aymara quiere decir cóndor y/o jefe) líder campesino con un pasado de acciones armadas en el grupo Zárarate Willka, acusado de terrorismo por el Gobierno, y Evo Morales, dirigente cocalero y diputado nacional, llevaron a importantes sectores del movimiento campesino a bloquear y aislar el corazón de Bolivia durante tres semanas, generando desabastecimiento alimentario, suspensión de exportaciones, imposibilidad total de tránsito de personas y vehículos y cotas de violencia que terminaron en un saldo de varios muertos y medio centenar de heridos. El conflicto solo culminó tras la intervención del ejército para desbloquear los caminos. Detrás del incendio se revelaron varias cosas: la necesidad de un gobierno con autoridad democrática y con condiciones para ser un interlocutor serio de la sociedad, la fragilidad del entramado social boliviano, y la puesta en el tapete de una elite desconectada del país verdadero, que no ha dado todas las respuestas que éste requiere. En el fondo la tarea pendiente sigue siendo la lucha contra la extrema pobreza de la nación.

Un delfín con alas propias

Es en este escenario convulsionado en el que aparece la figura de Jorge «Tuto» Quiroga (41 años), el primer mandatario nacido después de la revolución de 1952, con un rostro juvenil que le hace aparentar menos edad de la que tiene. Para una democracia acostumbrada a la gerontocracia (Paz Estenssoro asumió su cuarta presidencia a los 77 años y Banzer la segunda a los 71), el nuevo presidente se muestra cargado de frescura y vigor. Tecnócrata educado en Texas (es el primer ingeniero que ocupa la presidencia de Bolivia),

casado con una estadounidense, con un cierto aire de timidez y mucha simpatía, la historia le depara un espacio impensado que compromete precisamente a la generación que representa. La pregunta es si todavía esta administración tiene el peso y la capacidad para superar a quienes hoy ocupan la mayor parte del espacio político. No es exactamente el año de provincias de los médicos recién titulados, pero casi. Todos sabemos que Quiroga aspira a dirigir su partido en el largo plazo y a ser elegido en 2007 (para entonces todavía no habrá cumplido 50 años).

La agenda del presidente es corta pero difícil: elecciones transparentes y reforma constitucional, solución de problemas sociales y respuestas iniciales para enfrentar la crisis económica. Lo primero que está tratando de hacer es mostrar verdadera autoridad para contrastar la debilidad inexplicable de un general que en el pasado había sido implacable. Pero no debe olvidarse que el joven presidente tiene experiencia de gestión de gobierno que supera los 10 años. Comenzó como subsecretario, debutó como ministro de Paz Zamora en 1992, tuvo tareas importantes en la banca privada y entró de lleno en la política preparando la campaña de Banzer en 1993 y 1997. Conoce el agrídulce sabor de la política, la estrepitosa derrota que tuvo que soportar casi solo en 1993, la magra victoria de 1997 que en buena medida se vinculó con su imagen de joven tecnócrata metido en la modernidad, para contrarrestar al hombre mayor, nostálgico del estatismo que era entonces Banzer. Tiene más pasta de político de lo que parece, aunque sus debilidades por la acción pragmática de números, gabinete y organización de estrategias, balancean su olfato político (ese que se usa en el chiquero, como me dijo un avezado operador de la política criolla).

En política construyó su propio espacio y su propio poder. Los méritos de Quiroga están ante el juicio de los ciudadanos en estos días. Ya palpamos sus defectos en su gafe más evidente: la testaruda participación como vicepresidente en el «cuoteo» de las cortes electorales, lo que abrió una crisis apenas superada por la oportuna y compleja intervención de la Iglesia católica. En la aplicación del modelo económico, de entrada siempre fue visto como un ortodoxo. Su formación lo acerca más a la lógica anglosajona que a la latina, lo que no es necesariamente ni una virtud ni una ventaja, aunque tiene algo de ambas. Por lo pronto, la predilección y cercanía hacia EEUU es un dato esencial, lo cual puso en evidencia el día de su posesión al tomar en su mensaje de manera literal seis citas del discurso inaugural de John F. Kennedy en 1961, sin citarlo.

Las circunstancias actuales exigen respuestas heterodoxas e imaginativas, ese es probablemente su desafío mayor. El país, cansado y decepcionado del gobierno que se va, de los políticos en su conjunto y del modelo, lo ve sin embargo con buenos ojos. Ha logrado preservar una buena imagen. Finalmente, el obvio aislamiento al que lo sometió el entorno del presidente Banzer, llegando incluso al agravio al pedirle cuentas por su lealtad, ha terminado convirtiéndose en una renta para Quiroga. Es, sin embargo, una expectativa de doble filo, que le permitió un pequeño margen de seducción, pero ya co-

mienzan a notarse muy rápidos síntomas de desilusión, porque tal como están las cosas y en consideración a la duración de su mandato, la luna de miel dura lo que un suspiro.

¿Más de lo mismo?

Quien fuera representante del FMI durante casi toda la gestión de Banzer, Eliahu Kreis, lanzó muy pronto su artillería contra el nuevo presidente, recordándole que había sido autor de los tres planes económicos que su antecesor intentó llevar adelante sin éxito; que hablar de un nuevo momento es un error y decir que es posible salir de la crisis en tan poco tiempo y ante un panorama internacional tan desolador, es peligroso. En otras palabras, que no hay que llamarse a engaño, que Quiroga no es otra cosa que la continuación del anterior gobierno. El Ejecutivo no se dio por aludido e intentó proponer dos jugadas arriesgadas: la titularización del gas para recibir por adelantado ingresos por las futuras ventas del hidrocarburo, y usar el dinero de la capitalización (1.670 millones de dólares destinados a un bono anual para todos los bolivianos mayores de 65 años) con el fin de destinarlos a la inversión pública, particularmente en infraestructura carretera. Se dice pronto, pero en tan corto tiempo parece de concreción difícil. Sánchez de Lozada adelantó que peleará frontalmente para que el dinero de la capitalización no se toque.

En el panorama internacional, el Gobierno ha iniciado negociaciones para vender gas a California usando parte de un verdadero mar de reservas que han convertido a Bolivia en el tercer reservorio de gas natural de América Latina, a la vez que intenta acercarse a una solución a la mediterraneidad del país, negociando con Chile espacios en lo que fuera costa boliviana, a partir de esa riqueza gasífera. Quiroga está apostando a la vez a mostrar autoridad y ser flexible, equilibrio difícil y riesgoso. Sabe que su credibilidad se juega en un par de decisiones. En un principio ha logrado que sus principales operadores, el ministro de Gobierno Leopoldo Fernández y el de la Presidencia, José Luis Lupo, le saquen las castañas del fuego ante presiones muy fuertes de los empresarios agroindustriales de Santa Cruz y de los campesinos del altiplano, a la vez que se ha abierto de nuevo un frente de tensión en el Chapare por la decisión de los coccaleros de evitar que los soldados completen la erradicación de coca excedente. En el frente campesino han vuelto a surgir presiones para debatir el tema más complejo que quedó pendiente de la administración anterior, el de la tierra y el intento de sustituir la ley INRA (de la tierra) que el gobierno de Sánchez de Lozada aprobó con grandes dificultades en medio del descontento de todos los sectores. El presidente de entonces decía que ello representaba una garantía de que la ley era equilibrada; hoy ese equilibrio puede venirse abajo.

Unas elecciones inciertas

En este contexto se acerca la elección presidencial, que pone en debate la vigencia del actual sistema político, duramente criticado por una opinión

pública cansada de corrupción y contubernios de poder. Se pone en cuestión también la capacidad de los dos principales candidatos, Sánchez de Lozada y Paz Zamora, de responder al país del siglo XXI. En sus flancos aparecen los llamados «antisistema», el ex-alcalde de Cochabamba, Manfred Reyes Villa, que fue socio en la primera parte de la gestión de Banzer, y el ex-juez Alberto Costa Obregón, cuya propuesta es tan contundente como vacía de contenidos: la destrucción del actual sistema de partidos, una asamblea constituyente y una nueva república que destierre la corrupción. Proponer opciones nuevas, después de los cambios fundamentales del periodo 1993-1997 de Sánchez de Lozada, es muy difícil, más aun cuando se pone cada vez más en evidencia que el modelo que se comenzó a aplicar en 1985 hace aguas no solo en Bolivia sino en el mundo entero. La gente cree cada vez menos ese discurso y ello complica más las ofertas que se pueden hacer para salir de la pobreza persistente.

A Jorge Quiroga le gusta la tertulia, le gusta hablar y escuchar, pero se cuida de dejar traslucir sus pensamientos más íntimos. Saber escuchar y no rodearse de las voces que aturden, mienten y confunden, es quizás una de las virtudes que debe agradecerse, pero el peligro es que el presidente se vea seducido por su propia palabra y acabe confundido con los p'ajpakus (charlatanes de plaza) que no logran el salto entre la palabra y la acción. Hasta ahora, sin embargo, se ha manejado con prudencia, ha aprovechado su imagen (con un índice de aprobación en las encuestas superior a 70%, exactamente a la inversa de lo que le pasó a Banzer) para desactivar conflictos, y tiene todavía un margen para tejer algunas respuestas de transición entre la crisis y la reactivación económica. En muchos sentidos su gestión marcará el ritmo más o menos dramático de la próxima elección presidencial.

La Paz, octubre de 2001



Chasqui

Revista Latinoamericana de Comunicación

Septiembre 2001

Quito

Nº 75

PORTADA: *Talk shows*, fascinación o rechazo, **Jorge Acevedo Rojas**. OPINION: ¿Libertad de prensa o libertad de empresa?, **Antonio Pasquali**. ENSAYOS: PRENSA: ¿Hay ahora libertad de prensa en Europa oriental?, **Raúl Sorrosa**. ESTADO DE LOS MEDIOS: La comunicación en América Latina. Informe de Argentina, **Federico Rey Lennon** y **Gerardo López Alonso**. CINE: Lars von Trier, el niño terrible del cine alemán, **Hanelore Döbler**. OPINION PUBLICA: Perú: marketing político y vladivideos, **Fernando Palomino V**. RADIO: La BBC de Londres y su realidad actual, **Alberto Souviron**. LENGUAJE: Errores comunes en el lenguaje periodístico, **Simón Espinosa Cordero**. INFORMATICA: El word de Microsoft, su importancia y mejor utilización, **Francisco Ficarra**. PERISCOPIO TECNOLOGICO. BIBLIOGRAFIA SOBRE COMUNICACION. ACTIVIDADES DE CIESPAL.

Chasqui, *Revista Latinoamericana de Comunicación* - CIESPAL; apartado 17-01-584, Quito, Ecuador. Telf.: (593-2) 506149; Fax: (593-2) 502487; e-mail: chasqui@ciespal.org.ec. Internet: <http://www.comunica.org/chasqui>